

DON EZEQUIEL DE URICOECHEA

Escribe: VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

— I —

Este ilustre sabio nació en Bogotá el 10 de abril de 1834. Contemporáneos de él o mejor dicho de su misma generación, fueron José María Cordovez Moure, Epifanio Mejía, Rafael Celedón, José Joaquín Borda, Camacho Roldán, Diego Fallon, Jorge Isaacs, Felipe Pérez, José María Samper, Ricardo Silva, José María Vergara y Vergara y muchos otros ingenios que formaron la tertulia de "El Mosaico", a la cual perteneció también el doctor Uricoechea. En el lapso comprendido entre el nacimiento y la muerte, acaecida en julio de 1880, el país ha presenciado los grandes acontecimientos históricos y la floración de una nueva generación que fue "la edad de oro de la República", según el concepto autorizado del doctor Luis López de Mesa.

Cuando aquel nació, hacía pocos años de la extinción de Colombia, la Grande: era la Nueva Granada que tenía vida nueva, reducida a sus propios límites. Herrán presentaba un nuevo plan de estudios que transformó la educación nacional; Mosquera hacía resonar las sirenas en el río Magdalena, mientras que Mallarino y Bidlake, firmaban el tratado para la construcción del primer ferrocarril interoceánico del mundo; José Hilario López, seguía las huellas de la Expedición Botánica, con la famosa Comisión Corográfica; nuevamente don Tomás Cipriano en el poder, llegaba al palacio de los presidentes por la férrea puerta de la primera y única revolución triunfante.

En esa edad de oro aparecieron los filólogos y gramáticos que guiaron por sendas seguras el idioma de Cervantes. Venancio González Manrique, "docto en lenguas antiguas y modernas"; el olvidado César C. Guzmán, autor de excelentes estudios gramaticales y de otros textos para la enseñanza de la lengua; Manuel María Mallarino que tradujo el "Diálogo de la vejez" de Cicerón, considerado como obra maestra; Diego Mendoza Pérez que espigó con ventaja en el comentado "Vocabulario Gramatical"; don Miguel Antonio Caro, "el cerebro mejor organizado de Colombia", gramático insigne cuyas obras de esta clase fueron recogidas en dos volúmenes y en donde figuran entre otros estudios, el Tratado

del Participio, Del uso en sus relaciones con el lenguaje, La Sintaxis latina, etc., y sobre todo el más ilustre de los gramáticos y filólogos de la lengua castellana, don Rufino José Cuervo, cuyo solo nombre llena una historia de la ciencia del idioma. A pesar de la claridad de este astro de primera magnitud, hay que agregar en la constelación de esta ciencia a don Rafael de Guzmán, que al decir de Gómez Restrepo, convirtió en sustancia propia la lengua de los clásicos, y debemos rematar esta teoría de sabios con el nombre de don Marco Fidel Suárez que también llenó "la nueva época del idioma castellano".

El padre de don Ezequiel, don José María Uricoechea era prócer de la Independencia; su madre doña Mariana Rodríguez y Moreno, nieta del fiscal Moreno y Escandón, autor del famoso Plan de Estudios de la época del arzobispo Virrey, que cambió la faz educacionista y la enrumbo por las ciencias prácticas experimentales. Al empezar la pubertad fue a estudiar a los Estados Unidos de América y después de culminar las serias disciplinas, se doctoró en medicina en la Universidad de Yale, con el auxilio pecuniario de su hermano Sabas. Avido de saber, deseoso de perfeccionarse en ciencias matemáticas y en filología se trasladó a Alemania y en la célebre Universidad de Göttingen recibió el grado de doctor en Filosofía. No descuidó las ciencias naturales y es fama que era un experto químico, hasta el punto de que al verlo Alejandro de Humboldt, que a la sazón desempeñaba el alto cargo de rector de la Universidad de Berlín, lo nombró profesor de dicha materia.

Algunos de sus pocos biógrafos dicen que no aceptó el cargo porque anhelaba regresar a su patria para servirla mejor en los campos de su especialización, pero lo cierto es que no lo hizo inmediatamente a Colombia porque sus aficiones científicas lo llevaron a Bruselas en 1855 en donde conoció al sabio Quetelet, director del Observatorio Astronómico de dicha ciudad, y después continuó sus estudios con el profesor van der Maelen, según lo dice él mismo en el prólogo de su obra "Mapoteca Colombiana, cuyo verdadero nombre es: "Colección de los títulos de todos los mapas, planos, vistas, etc., relativos a la América española, Brasil e islas adyacentes arreglada cronológicamente, y precedida de una introducción sobre la historia cartográfica de América".

Nuestro ilustre sabio, cuyos libros analizaré en capítulo aparte, quería hacer de su obra una continuación en el método, de la obra similar, pero en el campo europeo, de Ternaux-Compans y Rich para los problemas de la Bibliografía. Su genio investigativo jamás tuvo descanso y es admirable ver cómo aprovechaba los minutos y las horas para hacer un estudio notable aunque no completo porque el medio en que estaba actuando no le era apropiado para encontrar la documentación deseada. Pero en todo caso, no se contentaba con datos aislados y su genio y su intuición lo llevaban a todos los institutos de esa clase para consultar las fuentes principales. Por ello lo encontramos en España, en París, en Bélgica, en Göttingen, en Berlín, en Londres, en todas partes en donde pudiera abreviar las linfas propias de su ciencia investigativa.

Antes de él, nadie en América hispánica había siquiera pretendido escudriñar semejante selva impenetrable de la cartografía. Existían sin

duda mapotecas particulares de escaso valor, pero no una obra como la que sacó a luz en Londres, en la editorial de su íntimo amigo Trubner en la capital británica en 1860. Esa historia cartográfica es para él la continuación de las etapas geológicas de la tierra. La geología, es pues, el libro pétreo cuyas secretas hojas nos descubren los misterios de la vida abscóndita del mundo en sus diversas secciones. Las historias gráficas que nos muestran las líneas de los mapas descubren en su misterio, la de las transformaciones descriptivas de los hechos trascendentales que esos mismos dibujos representan en las etapas del tiempo y del espacio.

Después de esta ardua labor el ilustre investigador recibe el llamado de la patria. El niño de 13 años que había salido a estudiar al extranjero, en 1847, en el auge del radicalismo del presidente José Hilario López, regresaba al país precisamente cien años después, en 1857, cuando apenas había pasado el gobierno de Mallarino que coronó el triunfo de la más bella coalición nacional contra la dictadura del general José María Melo, a quien combatieron los tres expresidentes y generales Mosquera, Alcántara Herrán y José Hilario López. Ya estaba en el poder el doctor Mariano Ospina Rodríguez a quien debería tocarle gobernar, siendo centralista, con la reforma constitucional que abrió las puertas del federalismo, precursor inmediato de la revolución del sesenta.

Los gloriosos claustros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario se honraron con su profesorado de química, en cuya ciencia era un verdadero experto como lo demuestran sus estudios sobre diferentes tópicos de dicha difícil materia. El mismo presidente Ospina le ofreció esa cátedra porque consideró que era el profesor sin segundo en ese tiempo. Sin embargo, cuestiones políticas lo distanciaron posteriormente, según se desprende de esta dura frase en una de sus cartas a don Rufino José Cuervo: "Los naturales de hoy tienen el apoyo del gobierno y son más afortunados que yo que gasté tiempo, vida y dinero para no crear sino odios y envidias bajo la maldita administración de Ospina" (1).

En el año de 1858 se formó en Bogotá la tertulia literaria conocida con el nombre de "El Mosaico" de reconocida fama en la historia de nuestra literatura parroquial. Sus socios se hacían eco entonces del "costumbrismo" español aportado por Serafín Estébanez Calderón (el Solitario), Mesonero Romanos (El Curioso Parlante) y Mariano José de Larra (Fígaro) que publicaba "El pobrecito hablador". El 24 de diciembre de dicho año apareció el primer número de aquella publicación literaria que alcanzó a seis tomos y terminó en enero de 1872. Las historias de la Literatura Colombiana hacen el índice biográfico de los colaboradores, pero no ponen el ilustre nombre de don Ezequiel Uricoechea, que fue uno de los fundadores. Allí aparecen José Caicedo Rojas, el "Macho Alvarez", Ricardo Becerra, Camacho Roldán, Ricardo Carrasquilla, Aníbal Galindo, Mariano González Manrique, Manuel María Madieto, Próspero Pereira Gamba, Lorenzo María Lleras, José Manuel Marroquín, Eugenio Díaz, Vergara y Vergara y muchos ingenios más de esta etapa admirable de la cultura nacional (2).

Quien quiera que escudriñe las curiosas páginas de esta revista verá frecuentemente la firma del señor Uricoechea al pie de estudios profun-

dos sobre observaciones meteorológicas, su descubrimiento del otovil, estudios dedicados al tridio y el iridio, etc., sobre observaciones meteorológicas y otros temas científicos. Fundó por esos tiempos la Sociedad de Naturalistas, que publicó la revista científica intitulada "Contribución de Colombia a las ciencias y a las artes", con la cooperación de los socios "neogranadinos", que salió de las prensas de "El Mosaico". En el prospecto del número primero dice que con desconfianza pero con fe ciega empieza esa sociedad la publicación del boletín. Refiere que tuvo su origen en una excursión a Monserrate. En el editorial se lee que se está viviendo en un mundo virgen y halagüeño, y que se recogerán en sus páginas cuanto se relacione con los estudios de la naturaleza tropical, para ver si después de "medio siglo se pueda proseguir el "Semanario" de Caldas". Empezó dicha publicación en la forma más modesta, pues apenas tenía un pliego que salía cada mes.

La nómina de socios era digna de figurar entre reputados sabios europeos, pues encontramos allí a don José Triana, uno de los más ilustres científicos de la época, don Francisco Bayón, don Carlos Balén, Florentino Vezga, don Liborio Zerda, don Pastor Ospina Rodríguez, don Braulio León, quien murió a los pocos meses de fundada la sociedad, por lo cual el señor Uricoechea hizo el elogio del sabio desconocido entre nosotros, porque hay necesidad de reivindicar esos ilustres nombres a los cuales el olvido les ha puesto capa de silencio a su memoria. El presidente fue nuestro sabio, y actuó como vicepresidente otro genio que también ha sido desterrado de nuestros anales culturales: don Alejandro Lindig. Su ansia de conocimientos de la naturaleza lo llevó a conocer la sierra Tairona y la Goajira, de donde trajo enorme material investigativo que se preocupó por clasificar científicamente, de acuerdo con los procedimientos modernos de entonces, procurando en lo posible evitar la nomenclatura latina que se prestaba a confusiones.

El ilustre claustro del Colegio del Rosario lo consagró con la Beca de Colegial por sus insignes méritos en su cátedra, en cuyas actuaciones se cuentan muchas anécdotas que demuestran su sabiduría y desprendimiento ante la realidad científica. Por ejemplo, es común el dato de que, según recoge la escritora española Manuelita Manzanares (3), una vez que explicaba el señor Uricoechea, la combustión del diamante en una atmósfera de oxígeno, se entusiasmó de tal manera que, desmontando del anillo que usaba, un hermoso diamante, lo quemó en la campana de oxígeno con la misma tranquilidad con que hubiera destruido un trozo de papel".

Uno de nuestros mejores artistas pintó el retrato del sabio y fue colocado en especial salón del ilustre plantel, pero alguna mano impiadosa de los tiempos lejanos se encargó de sacarlo de allí para satisfacer odios personales.

En los diez años que permaneció en su patria desde su llegada en 1857 hizo innumerables viajes por muchas partes del país siempre en función de estudio de la naturaleza, de donde traía plantas de toda clase para su estudio completo, muestras de rocas de distintas denominaciones para formar su admirado museo mineralógico, y de su excursión por el

Meta salió su obra que desgraciadamente se halla inédita o perdida más probablemente sus excursiones por Tama dieron origen al estudio de una lengua de la región, que analizó con la propiedad que acostumbraba; además se ocupaba aquí de recoger datos para su "Bibliografía Colombiana", de la cual él habla con entusiasmo pero que también ha desaparecido.

Sus estudios sobre mineralogía eran los más completos de entonces y apenas en estos últimos años, el ministerio de industrias ha proseguido su estudio con especial fervor y en forma competente hasta completar cinco volúmenes. Antes apenas se habían ocupado de tan interesante problema D'Elhuyart, Humboldt, Boussingault, von Buch, Reuse, Stubel; posteriormente Hetter, Bergt, Stille, Simonds, Scheibe y nuestro ilustre compatriota don Ricardo Lleras Codazzi, devoto del señor Uricoechea y uno de sus pocos biógrafos. En atención a su competencia demostrada como verdadero experto en estas materias, el gobierno nacional le encomendó desde el año de 1904, la ordenación, estudio y clasificación de los ejemplares del museo de mineralogía que dejó el señor Uricoechea "almacenados en los bajos del Palacio Arzobispal" y que tanto este como la biblioteca fueron obsequiados al ministerio de Industrias por la familia Uricoechea Rovira. El doctor Lleras Codazzi nos cuenta que durante cinco años estuvo trabajando en dicha colección con el mayor interés, que perteneció a la Sociedad de Naturalistas, heredera de la fundada por nuestro sabio quien la dejó cuando en 1867 se alejó para siempre de la patria, para encontrar la muerte en tierras extrañas (4).

El señor Uricoechea era partidario del general Mosquera, hasta el punto de que cuando fundó su mencionada sociedad de naturalistas, lo hizo uno de sus socios principales y publicó en la revista varias cartas del entonces Presidente del Estado Sobenarno del Cauca, en que agradece el nombramiento de socio correspondiente. Desde los primeros números empezó a recibir correspondencia de los personajes más notables de las ciencias de la naturaleza, y la primera fue del secretario general de la Academia Real de Ciencias de Amsterdam, señor Wrolik, quien con fecha de diciembre de 1859 felicita al señor Uricoechea y a sus compañeros y anuncia el envío de nueve volúmenes de la sección de ciencias físicas y matemáticas. Entre otras cosas le dice: "Es probable que vuestra sección no tenga muchos libros que enviarnos en cambio al principio, pero el país en donde ha nacido la sociedad de naturalistas es sumamente rico bajo todo aspecto, especialmente en su fauna y en su flora. Puede ser que la sociedad quiera recompensar a la academia enviándole objetos de historia natural (plantas, pieles preparadas, insectos, reptiles, pescados, minerales, etc.)" (5).

NOTAS

- (1) Cartas de su archivo. Correspondencia de don Rufino José Cuervo. Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes. 1941-1943-1947. Cinco volúmenes. Tomo I. En este volumen figuran cartas del señor Uricoechea a don Rufino o de este a aquel en las siguientes páginas iniciales: 17, 19, 23, 25, 26, 28, 30, 36, 39, 42, 25, 27, 29, 54, 50, 56, 57, 66, 73, 82, 95, 107, 129, 141, 158, 162, 170, 176, 181, 187, 204, 222, 228, 235, 237, 240. En carta de la página 17 citada aparece una carta del señor Uricoechea a su amigo en que recuerda intensamente y vuelve a darle el pésame por la muerte de la madre

de este, doña María Francisca Urisarri de Cuervo, muerta el 23 de marzo de 1869. Es importante consultar también el apéndice al primer tomo de esta obra, especialmente la página 261.

- (2) Historia de la Literatura Colombiana. Por el P. J. Ortega Torres. Prólogo de don Antonio Gómez Restrepo. Bogotá. Escuela Tipográfica Salesiana, 1934. Pág. 279-280.
- (3) Revista de las Indias. Números 70-1. Octubre, noviembre de 1944. Homenaje a don Rufino José Cuervo. Bogotá. Págs. 288. Don Rufino José Cuervo y sus amigos. La simpática escritora española que vivió algún tiempo entre nosotros, exalta con cariño la figura de don Ezequiel Uriceochea, uno de los amigos más nobles del señor Cuervo. D. Rufino J. Cuervo, por L. Augusto Cuervo. Bog. 1948. Págs. 11 y 21.
- (4) Revista del Rosario. Tomo V. N° 42. Bogotá, marzo primero de 1909. Págs. 103-115. Galería de hijos del Colegio (De Nuestra Señora del Rosario) por el doctor Ricardo Lleras Codazzi.
- (5) La Botánica. El verdadero título de la obra del señor Uriceochea es: Contribución a las ciencias y a las artes, publicada con la cooperación de la sociedad de naturalistas neo-granadinos, por Ezequiel Uriceochea. Correspondencia del señor Wvrolík, desde Bélgica (Amsterdam, 29 de diciembre de 1859).

